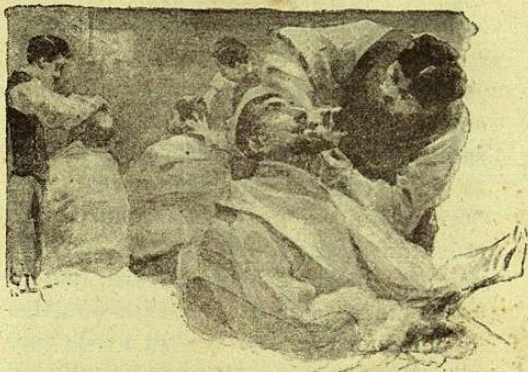
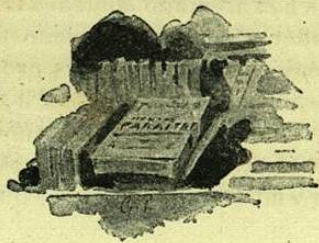


cía de mi miseria. El editor á quien tanto buscara yo, se me venía á las manos; era el librero Tardieu, de la calle de Tournon, una puerta más abajo de la de mi casa. Era también literato, y algunas obrassuyas habían tenido éxito: *Mignon*, *Por un alfiler*, composiciones del género sentimental, escritas con tinta color de rosa. Lo conocí una noche que vagaba por los alrededores de nuestro hotel y que él se había sentado á la puerta de su tienda. Editó mis *Amorosas*.

El título atraía, así como el elegante aspecto del tomo. Algunos periódicos hablaron de mi obra y de mí. Mi timidez voló. Iba yo valerosamente á las galerías del Odeon para ver cómo marchaba la venta de mi libro... y hasta me atreví, al cabo de algunos días, á dirigir la palabra á Julio Vallès. Ya había yo salido á luz.



VILLEMESSANT (1)

Voy algunas veces—cuando coinciden mi necesidad personal con el azar de mis excursiones—á que me arreglen la barba ó me corten el cabello á casa de Lespès. Es un rincón curioso y muy parisiense ese gran establecimiento de barbero que ocupa toda la esquina de la casa Frascati, entre la calle Vivienne y el boulevard Montmartre. Como clien-

(1) Escrito en 1870.

tes, *todo París*, es decir, una parte infinitamente pequeña de París que vive entre el Gimnasio y el teatro de la Ópera, Nuestra Señora de Loreto y la Bolsa, y que cree que ella sola vive: corredores, cómicos, periodistas: sin contar la legión agitada, atareada, de los buenos concurrentes al Boulevard, que no hacen nada. Veinte ó treinta oficiales de peluquero rizan ó afeitan á todo eso.

Vigilándolo todo, sin quitar ojo de las navajas de afeitar y de los botes de pomada, va constantemente de una parte á otra el maestro Lespès, hombrecillo despabilado á quien habría podido hacer engordar la fortuna — porque es muy rico, — pero al cual cierta ambición mantiene en unas carnes regulares. En esa casa, verdaderamente predestinada, es donde hace veinte años, en el mismo entresuelo donde Lespès afeita, tenía *El Figaro* sus oficinas. Allí estaba el corredor, la ventanilla para hacer las suscripciones; y detrás de un enrejado de alambre, los ojos redondos y el pico del bueno de Legendre, siempre furioso, rara vez amable, como estaría un loro

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE HISTORIA
"ALFONSO GARCIA"
CALLE DE MONTENEGRO, 100, MEXICO

que fuese cajero. Allí estaba la redacción (con el letrero: *No se permite la entrada al público*, en los cristales raspados de la puerta); algunas sillas, una mesa grande con inmenso tapete verde. Me parece estar todavía viendo aquello, y me veo á mi mismo, tímido y encogido, sentado en un rincón, con mi primer artículo paternalmente enrollado y atado debajo del brazo. Villemessant no había llegado aún; me dijeron que esperase, y esperé.

Aquel día habría media docena de redactores alrededor de la mesa, ocupados en desdoblar periódicos y en escribir. Reían, charlaban, echaban cigarrillos: estaban alegres como castañuelas. Entre ellos había un hombrecito de cara encarnada y de cabellos completamente blancos, echados hacia atrás, que le daban cierto aire de gallo con cresta. Era Pablo d'Ivoy, el célebre cronista, arrebatado al *Correo de París* á fuerza de dinero; Pablo d'Ivoy, en fin, cuyos honorarios fabulosos (eran fabulosos en aquella época, aunque ahora no lo parecerían tanto) causaban envidia y admira-

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCIA"
CALLE DE MONTENEGRO, 100, MEXICO

ción en las reuniones de literatos. Escribía sonriendo, como hombre satisfecho de sí mismo; las cuartillas de papel iban entintándose bajo su pluma; yo miraba escribir y sonreír á Pablo d'Ivoy.

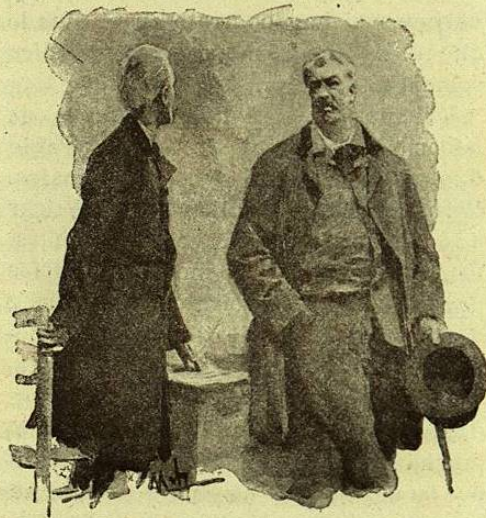
De pronto oyóse ruido de pesados pa-



sosy una voz alegremente chillona: ¡Villemessant! Las plumas empezaron á correr, cesaron las risas y se escondieron los cigarros; sólo Pablo d'Ivoy levanta la cabeza y se atreve á contemplar familiarmente al dios.

VILLEMESSANT: «Muy bien, hijos míos; veo que se trabaja... (A Pablo d'Ivoy, con aire bonachón): «¿Está usted conten-

to con su crónica?—PABLO D'IVOY: Creo que ha salido bien». - VILLEMESSANT: «Mejor; mucho mejor, porque así como así será la última que haga usted...»—PABLO



D'IVOY (*palideciendo*): «¿La última que haga?»—VILLEMESSANT: «Eso es; no bromeo... el artículo es abrumador... no se dice otra cosa en el boulevard... ya hace mucho tiempo que me está usted fasti-

LIBRARY OF THE
 UNIVERSITY OF CHICAGO
 1215 EAST 58TH STREET
 CHICAGO, ILL. 60637

diando.» Pablo d'Ivoy se había levantado: «Pero, caballero, ¿y nuestro contrato?»—«¿Nuestro contrato? ¡Buena es ésa! Pleitée usted, que eso tendrá gracia; leeré sus artículos ante los Tribunales y veremos si hay contrato en el mundo que me obligue á meter en el periódico semejantes tonterías.»

Villemessant era hombre capaz de hacerlo lo mismo que lo decía, y Pablo d'Ivoy no recurrió á los Tribunales. Pero no le hace: aquella manera de tirar á los redactores por la ventana, como si fueran trastos viejos, me dió calofríos por la espalda. Hubiera querido verme á cien pies debajo de tierra con mi pobre manuscrito, ridículamente enrollado. Es una impresión que no he podido desechar nunca. Después he visto con mucha frecuencia á Villemessant; siempre ha estado muy amable y siempre he experimentado, al verlo, la sensación desagradable de terror que debió experimentar el famoso Poucet al verse delante del ogro.

Añadamos, para ser justos, que más tarde, cuando murió ese mismo Pablo

d'Ivoy, tan brutalmente despedido del *Figaro*, Villemessant, ogro con ribetes de San Vicente de Paul, fué quien se encargó de pagar los colegios de sus hijos.

«¿Es bueno? ¿es malo?» Difícil nos parece contestar estas preguntas, y la comedia de Diderot parece escrita aludiendo á él. ¿Bueno? ¡Ciertamente lo es! También es malo, según los días y los momentos; y un pintor podría, sin mentir ni en una línea, ni en un tono, hacer dos retratos suyos; uno paternal, otro cruel; uno muy negro, otro color de rosa: los cuales no tendrían parecido ninguno entre sí, pareciéndose ambos, sin embargo, al modelo.

Si se quisiera relatar anécdotas características sobre ese singular dualismo, sería el cuento de nunca acabar y habría muchísimo donde elegir.

Antes de la guerra había yo hecho amistad con un buen señor, padre de familia, empleado en las oficinas del Correo central que hay en la calle de Juan Jacobo Rousseau. En los días de la *Commune* aquel hombre se quedó en

París. ¿Tenía allá, en el fondo de su corazón, algunas simpatías por los insurrectos? No me atrevería á jurar que no. ¿Pensaría que, después de todo, puesto que las cartas seguían llegando á París, alguien había de quedarse allí para clasificarlas y distribuir las? Es posible también que lo pensara. Acaso no le fuera fácil salir de la capital súbitamente con su mujer y dos hijas ya pollas. En París hubo entonces muchos pobres diablos en una situación semejante; hombres que acudieron á las barricadas forzados por las circunstancias; insurrectos sin saber cómo ni por qué. El caso es que si, á pesar de las órdenes de Thiers, mi amigo permaneció en su oficina, detrás del enrejado de la ventanilla, apartando cartas sin hacer caso del estruendo de la batalla; el caso es, digo, que no quiso de la *Commune* ni ascenso, ni aumento de sueldo. Cuando la insurrección fué vencida, él se vió—y muy contento con que no le entregaran á un consejo de Guerra—en medio de la calle, destituido, en vísperas de hallarse en condiciones de obtener su jubilación. Desde

aquel momento empezó para él una existencia verdaderamente lamentable y por todo extremo cómica. No se había atrevido á participar á su familia su ce-



santía; todas las mañanas sus hijas le preparaban camisa limpia y bien planchada (un funcionario público debe ser cuidadoso de su persona); le hacían alegremente, como siempre, el lazo de la corbata, y le daban un beso en la puerta

de la calle, á la hora reglamentaria, creyendo que iba á la oficina. ¡A la oficina! ¡Ah! Estaba bien lejos aquella oficina, calentita en invierno, fresca en verano, donde habían transcurrido horas tan bonancibles para él. Ahora tenía que corretear por las calles de París, lloviese ó nevase, en busca de un destino que no conseguía nunca, y volver á su casa por la noche con la muerte en el alma, y mentir é inventar historias sobre un jefe que no existía, sobre un escribiente fantástico, procurando al mismo tiempo aparecer alegre y satisfecho. (Ese pobre hombre me ha servido de modelo para el tipo del tío Alegría en mi novela *Nabab*, buscando siempre un destino y contando embustes á sus hijas.) Me lo encontraba algunas veces, y me partía el alma verlo en aquel estado. Su desesperación me decidió á ir á visitar á Villemessant. Villemessant, me dije, encontrará para él un huequecillo en la administración del *Figaro*. ¡Imposible! Todas las plazas estaban cubiertas. Y además se trataba de un comunista. ¡Ahí es nada! ¡Buen escándalo se

hubiera armado si descubrieran que Villemessant daba un empleo en sus oficinas á un comunista! Sin embargo, la historia de sus hijas, de las camisas lim-



pias, de los lazos de corbata, enternecieron al bueno del ogro.

—¡Una idea! dijo: ¿cuánto sueldo tenía su protegido de usted?

—Doscientas pesetas mensuales.

—¡Pues bien! le daré á usted, para que se las entregue mensualmente, doscientas pesetas hasta que encuentre un destino. Así podrá seguir haciendo como que va á la oficina y sus hijas no dejarán de ponerle la corbata todos los días... Terminó su discurso con su estribillo eterno: «¡Buena es ella!»

Y, en efecto, fué buena: tres meses seguidos aquel buen hombre cobró su pequeña renta. Al cabo de los tres meses encontró al fin un destinillo, y tanto y tanto economizó en él, que una mañana se me presentó con los seiscientos francos y una carta dando las gracias al señor de Villemessant, cuyo nombre le había yo dicho, y al cual llamaba, á pesar de las enormes diferencias políticas que les separaban, su noble bienhechor. Le llevé á Villemessant la carta y el dinero.

—¡Buena es ella! me dijo. ¡Pero si ese dinero lo había yo dado para que no se me devolviese!... Quiere devolvérmelo... Es la primera vez que me sucede una cosa semejante. Y eso que se trata de un comunista. ¡Buena es ella!

¡Y se deshizo en exclamaciones, en ri-

sotadas y en entusiasmo! Villemessant se revolvía en su sillón. Pero veréis ahora un rasgo que os pintará al hombre: alegre, entusiasmado, tanto por la buena acción suya como por el placer natural que se experimenta—por escéptico que se sea—en no ser engañado y en hacer un favor á una persona conocida; Villemessant, mientras estaba charlando, se entretenía jugando maquinalmente con las seiscientas pesetas, en poner las monedas en fila encima de su mesa. De pronto se vuelve á mí y exclama:

—¡Eh, Daudet: aquí falta una moneda para la cuenta!

En efecto; faltaba una moneda que se había quedado olvidada en el bolsillo. En el período álgido del entusiasmo aparecía de repente el hombre práctico.

Tal es ese hombre complicado, muy reflexivo, muy malicioso en el fondo bajo una apariencia de bonachonería y de candidez, capaz de hacer creer á cualquiera que Tolosa está cerca de Blois y que las torrecillas de Chambord se miran en uno de los brazos del Garona.

En la vida privada y hasta en la vida

pública, Villemessant ha erigido la familiaridad en principio, para con el prójimo por supuesto, porque exige siempre el mayor respeto cuando se le trata. Al día siguiente de uno de esos sueltos picantes que tenía costumbre de publicar en el periódico, á última hora, cuando la máquina estaba ya en marcha, llaman á Villemessant á la presidencia de la Cámara legislativa. (Esto ocurría en tiempo del Imperio.) Se trataba, si no me equivoco, de aquel famoso «Morny anda en el ajo,» de que se acuerdan sin duda los habituales concurrentes al boulevard.

El Duque estaba muy enfadado, ó fingía estarlo; pero el chico de Blois, no se desconcertó.

—¡Cómo, señor Duque! ¿no es para darme una cruz para lo que me ha llamado usted?... Pues le aseguro que el ordenanza de Guardias de París que ha estado en la redacción á llevarme aquel pliego puede vanagloriarse de haberme producido gran emoción... Mis redactores están ya preparando la iluminación... ¡Buena es ella!... Y en seguida cuenta un

cuento, una anécdota, suelta una frase ingeniosa, de sabor parisiense, envuelta en una alegre carcajada; y con eso y con adoptar una actitud afectuosa, y decir con alegría: «¡Cuánto estimo al señor Duque!» se olvidó la ofensa.

Es verdad que con Persigny, por ejemplo, la familiaridad no daba tan buenos resultados; y Villemessant vió un día que, en la fría atmósfera oficial, sus más alegres bufonadas se helaban en el aire y caían sin hacer efecto. Pero Morny se lo perdonaba todo; aquel hombre tenía verdadera debilidad por Villemessant, y gracias á su protección soberana el *Figaro* podía permitirse mil calaveradas. Así es que el periódico tenía un respeto, una veneración por el Presidente, que rayaba en lo inverosímil; momento hubo en que creí que le iban á construir una capillita en las paredes de la redacción, como al genio protector de aquellos sitios, como á un dios Lar.

Lo cual no impidió que el *Figaro* publicase una mañana, en sitio preferente, á propósito del teatro del señor de Saint-Remy (ese era el seudónimo que usaba

el Duque en la literatura), un artículo de Enrique Rochefort, corrosivo como una probeta en ácido, penetrante y desagradable como un ciento de agujas olvidadas en la silla donde va uno á sentarse.

—¿Por qué me odia ese señor Rochefort? ¡Jamás le he hecho nada! decía el Duque con esa cándida vanidad á que no escapan los más distinguidos estadistas cuando han mojado una vez el dedo en tinta; y Villemessant fingía que estaba desesperado, y exclamaba:

—¡Esto es terrible!... Si yo hubiera estado allí, no hubiera pasado jamás semejante artículo... ¡ya ve usted cómo me desespero!... Pero precisamente aquel día no fuí al periódico... y los muy bribones aprovecharon la ocasión... no pude ver las pruebas...

El Duque pensaría lo que pensara acerca de la excusa; pero el número del periódico hizo mucho ruido. Las gentes se lo leían unas á otras, y se lo arrebataban de las manos. Y Villemessant no deseaba otra cosa.

Villemessant, según puede verse por

lo que va dicho (y eso es lo que forma en el fondo la unidad de ese carácter, en apariencia diverso y contradictorio), es, ante todo y sobre todo, el hombre de su periódico. Después de los tanteos de los primeros tiempos; de las abordadas dadas al azar en el mar de la vida; de los rumbos emprendidos á todos vientos, una vez tomado el definitivo, ha navegado viento en popa. Su periódico es su vida.

El hombre y su obra se parecen, y bien puede decirse que jamás hubo nadie mejor cortado á la medida de su destino. De una actividad asombrosa, vivo, revoltoso, desplazando una cantidad enorme de aire, sobrio como se era antes, lo cual asombra á las gentes de ahora; sin beber, sin fumar, sin temor al ruido, ni á los golpes, ni á las aventuras; poco escrupuloso en el fondo, siempre dispuesto á tirar los prejuicios por la ventana; sin haber tenido jamás verdadera fe política, pero aficionado á hacer alarde de un legitimismo bastante platónico y de cierto respeto que le parece que sienta bien, Villemessant era

29886

6
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avda. 2685 MONTECITREY, MEXICO

el capitán más á propósito que se podía imaginar para mandar ese atrevido buque corsario que durante veinte años, y con pabellón del Rey, sembrado de flores de lis, ha navegado por su cuenta.

Es tiránico, caprichoso; pero ahondando un poco, y en el fondo, siempre el interés del periódico os dará la razón de su tiranía y de su capricho. Estamos en el año de gracia de 1858, en el *Café de Variedades* ó en el *Café Veron*, á eso de las once de la mañana, un jueves. El *Figaro* acaba de salir; Villemessant está almorzando. Habla, redacta anécdotas que insertará en el próximo número, si hacen reír, y que olvidará para siempre si hacen fiasco. Escucha é interroga.—«¿Qué le parece á usted el artículo de Fulano?—¡Delicioso!—Tiene talento, ¿no es verdad?—¡Muchísimo talento!»

Villemessant sube radiante á la redacción: «¿Dónde está Fulano? ¡Que venga Fulano!... ¡Tiene muchísimo talento!... No hay nadie como él... Todo París habla de su artículo.»

Y ahí tienen ustedes á Fulano felicitado, mimado, ascendido. Cuatro días des-

pués, en la misma mesa del café, el mismo convidado declara que el mismo artículo de Fulano es tonto, y Villemessant sube á la redacción, pero no radiante, sino furioso; no para aumentar-



le el sueldo, sino para echarle del periódico.

Sin duda á consecuencia de alguna consulta de esas entre pimienta y queso, se produjo la escena entre Villemessant y Pablo d'Ivoy, que tanto escandalizó mi candidez de principiante.

¡Qué le importa un redactor á Villemessant! Si uno se va, otro viene; y el último que llega es siempre el mejor. Según él, todo hombre lleva su artículo en la barriga, y el caso es sacárselo. Monselet había hecho á este propósito una leyenda deliciosa: Villemessant encuentra en la calle un deshollinador; se lo lleva al *Figaro*, lo lava, lo sienta delante de las cuartillas, y le dice: «¡Escribe!» El deshollinador escribe, y resulta bueno el artículo. Así es como todo París, ilustre ú obscuro, que escribe, ha pasado por el *Figaro*. Así es como algunos buenos muchachos—viendo renovarse en su favor la historia de la moneda de Saint-Aulaire—han tenido, gracias á un afortunado hallazgo de quince líneas, han tenido digo, su cuarto de hora de celebridad. Luego, como el milagro no se repetía, se les declaraba agotados y vacíos por Villemessant.

He conocido un París lleno de gente vaciada de ese modo. ¡Qué época de candor aquélla en que se quedaba uno hueco por quince líneas!

Y no es que Villemessant desprecie la

literatura: ¡todo lo contrario! Como es poco literato, siente por los que escriben bien, por los que saben lo que es tener la pluma en la mano, como él dice, el respeto que siente el campesino por el latín del cura de su pueblo. Pero se da instintivamente cuenta, y no sin razón, de que esas son cosas para lucidas con provecho en libros importantes y en las Academias.

A hombres de esa talla prefiere para su negocio un escritor muy parisiense; un día decía delante de mí á Jouvin, con esa cínica franqueza que, sólo por *tener cosas* como él las tiene, se le puede perdonar:

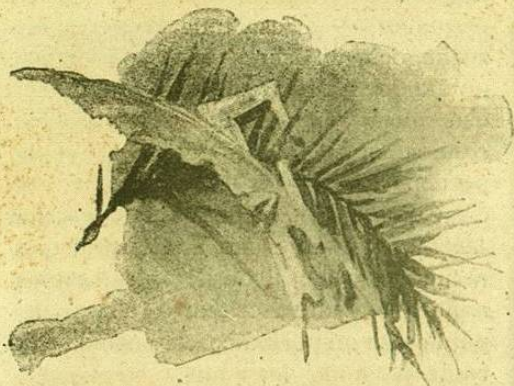
—Cuida usted mucho sus artículos; son trabajos de un verdadero literato; todo el mundo lo dice; son notables, sabios, admirablemente escritos; pero si yo los publico en mi periódico, esté usted seguro de que no los lee nadie.

—¡Que no los lee nadie! ¡No faltaba más!

—¿Quiere usted apostar algo? Aquí está Daudet, y puede ser testigo. Imprimiré el famoso vocablo de Cambron en

medio de uno de los más escogidos trozos de su artículo de usted, y pierdo la apuesta si alguien echa de ver la cosa.

Mi imparcialidad de testigo me obliga á decir que Jouvin no quiso apostar.



MI PRIMER FRAC

¿Cómo me hice con aquel frac? ¿Qué sastre de los tiempos primitivos, qué inesperado *Primo* se decidió, bajo la fe de fantásticas promesas, á llevármelo una mañana á casa, nuevo, flamante y artísticamente doblado y sujeto con alfileres en un pedazo de tela verde? Bien difícil me sería decirlo. Nada recuerdo del honrado sastre—¡ha pasado después por las manos de tantos sastres!—nada más que allá, á través de una niebla luminosa, una